

¿PARA QUÉ SIRVE LA ÉTICA?

A la ética le ocurre lo que a la estatura, al peso o al color, que no se puede vivir sin ellos. Todos los seres humanos son más o menos altos o bajos, todos son morenos, rubios o pelirrojos, todos pesan más o menos, pero ninguno carece de estatura, volumen o color. Igual sucede con la ética, que una persona puede ser más moral o menos según determinados códigos, pero todas tienen alguna estatura moral. Es lo que algunos filósofos han querido decir al afirmar que no hay seres humanos amoraless, situados más allá del bien y del mal, sino que somos inexorablemente, constitutivamente, morales.

Lo inteligente es entonces intentar sacar el mejor partido posible a ese modo de ser nuestro, del que no podríamos desprendernos aunque quisiéramos. Como es inteligente tratar de aprovechar al máximo nuestra razón y nuestras emociones, la memoria y la imaginación, facultades todas de las que no podemos deshacernos sin dejar de ser humanos. Igual le ocurre a nuestra capacidad moral, que podemos apostar por hacerla fecunda, por sacarle un buen rendimiento, o podemos dejarla como un terreno inculto, con el riesgo de que algún avisado lo desvirtúe construyendo en él una urbanización.

De esto quiere tratar este libro, de cómo sacar partido de nuestro irrenunciable ser morales.

ABARATAR COSTES Y CREAR RIQUEZA

1. UN MUNDO MÁS BARATO EN DINERO Y EN SUFRIMIENTO

Todos los jueves del año a mediodía se reúne en la Puerta de los Apóstoles de la Catedral de Valencia el Tribunal de las Aguas desde tiempo inmemorial. Su tarea consiste en resolver los conflictos que surgen en el campo por el uso del agua de ocho acequias que la toman del río Turia, un uso que está debidamente organizado. Los litigantes acuden al tribunal y el presidente, rodeado por los síndicos de las ocho acequias, ataviados con su blusón negro, dirige el juego de las denuncias y las réplicas con las sencillas palabras «parle vosté» y «calle vosté». También la sentencia es oral y no se recoge por escrito, porque no hay nada escrito en este ir y venir, sino sólo un valor en el que todos confían, la palabra dada.

Este sencillo proceder ha llamado la atención de propios y extraños porque se trata de proteger un bien común, el agua, de modo que todos los agricultores puedan sacar beneficio y ninguno arrebatte a los demás la posibilidad de usarla. Los gastos de transacción, en asunto tan delicado, no pueden ser más bajos, porque se reducen al intercambio verbal de síndicos y afectado. Es sencillamente la con-

fianza la que lo hace todo tan barato. La ética abarata costes. Si fuera posible un mundo en que contara como moneda corriente la confianza en las familias, las escuelas, las organizaciones y las instituciones, la vida sería infinitamente más barata. Y no sólo en dinero, que es lo que parece interesar a tirios y troyanos, sino también y sobre todo en muertes prematuras, en vidas destrozadas, en conflictos, en eternos procesos judiciales de final incierto, en venganzas, rencores, en papeleos odiosos y en ese coste que varía más o menos, pero que suelen acabar pagando los peor situados.

Ojalá la confianza pudiera ser la base de nuestras relaciones, el mundo sería infinitamente más barato en sufrimiento y también en dinero. Recortar en atención sanitaria o en pensiones sería un despropósito, como ya lo es, pero además ni siquiera haría falta el dinero que se despilfarra un día tras otro en gestionar las relaciones cuando reina la desconfianza.

Claro que todo esto suena a utopía, a cuentos que se inventan los profesores de ética para seguir cobrando su nómina. Como le ocurría a un compañero mío cuando yo era profesora de bachillerato, que lo suyo era el griego y ni las alumnas ni los padres entendían para qué servía eso del griego, y él les contestaba desesperado, sin encontrar más argumentos con que convencerles: a vosotras para aprobar, y a mí para comer.

Pero no era verdad, claro, porque era funcionario en aquellos finales de los setenta y hubiera seguido comiendo aunque eliminaran el griego. Como tampoco es verdad que un mundo basado en la confianza sea un cuento de moralistas estúpidos, sino una posibilidad abierta que deberíamos explotar, entre otras muchas cosas, para que nuestro mundo sea más económico en dolor evitable y también en dinero.

Esto es lo que, con éstas u otras palabras parecidas, veníamos diciendo los que asegurábamos desde hace algún tiempo que la ética es rentable, y la verdad es que los hechos siguen dándonos la razón día a día. Ojalá hubiéramos tomado la ética en serio, porque nos hubiéramos ahorrado una ingente cantidad de amargura y de dolor humano, que es lo importante, y también una ingente cantidad de dinero, que es de lo que hoy todos hablan. Para muestra, un botón de entre una infinidad extensible a todos los tiempos y lugares.

2. LA CÚPULA DE HIERRO

Según las informaciones de la prensa, en la contienda entre palestinos e israelíes, los israelíes han puesto en funcionamiento un escudo antimisiles, capaz de interceptar hasta un 85 % de los cohetes palestinos lanzados desde Gaza. Eso les da una ventaja enorme en lo que se refiere a protección, qué duda cabe, pero al parecer tiene un gran problema, y es el del coste. Ha costado unos 796,4 millones de euros y parece que será necesario invertir otro tanto para su funcionamiento, amén de que cada cartucho cuesta unos 39.000 euros. Los críticos de esta Cúpula de Hierro dicen que su punto más débil es la financiación, porque, obviamente, lo que se gasta en ella se deja de invertir en hospitales, escuelas o viviendas sociales. El coste de oportunidad es tremendo, pero la población da por bueno ese gasto, porque les sirve de protección frente a los ataques palestinos, y acaba pareciéndoles a fin de cuentas el mal menor.

La Cúpula de Hierro es una gota en el océano inabarcable de esos gastos en industria bélica, increíblemente elevados, que detraen para la defensa o la muerte lo que podría emplearse en educación,

en atención a las enfermedades, en empoderar a las gentes para que puedan organizarse una vida feliz. A esa gota se unen las ventanas protegidas por rejas, las puertas blindadas, los guardias de seguridad de domicilios y comercios, las redadas de la policía en barrios inseguros.

La Asociación Nacional del Rifle, por poner un ejemplo bien conocido, tiene una fuerza incuestionable en Estados Unidos. Fundada en 1871 cuenta al menos con cuatro millones de socios, y sus dirigentes aseguran que es la organización por los derechos civiles más antigua del país. La razón de su éxito, además de la notoriedad de algunos de sus componentes como Charlton Heston, es ante todo el afán de seguridad: en un país en que las gentes viven a menudo en casas aisladas en el campo o en barrios peligrosos los ciudadanos compran armas para defenderse frente a posibles delincuentes. Ése es un coste económico al que hay que sumar el más importante, el de las matanzas que ya vienen siendo habituales, cuando algún perturbado decide entrar en una escuela y liquidar a niños y maestros.

Un episodio que volvió a repetirse el 14 de diciembre de 2012 en una guardería de Newtown, cuando un muchacho de veinte años asesinó a veintisiete personas, veinte de ellas niños de seis y siete años. El lunes siguiente los títulos del fabricante de armas Smith & Wesson Holding cayeron un 5 % y se abrió de nuevo un debate sobre el tema, como en los sucesos de Columbine. Pero las asociaciones partidarias de la tenencia de armas sugirieron rápidamente que la solución consistía en vender todavía más armas: cada escuela debería contar con un vigilante armado. Cuando realmente la solución consiste en cambiar la actitud.

Naturalmente, cuando estas salvajadas se producen en países del mundo rico son noticia diaria, aunque de ahí no pase y no parezca

que nadie esté muy empeñado en poner solución. Pero en el mundo pobre, aunque no sea noticia, tener diamantes, caucho, coltán o marfil les ha costado y cuesta mucha sangre. Y todo esto en «tiempo de paz», qué decir del tiempo de guerra.

Es verdad que las soluciones han de venir de los organismos públicos, nacionales y supranacionales, pero sólo en parte. Si las gentes no tomamos nota de lo cara que sale la falta de ética, en dinero y en dolor, si no nos negamos decididamente a pagar ese astronómico precio, el coste de la inmoralidad seguirá siendo imparable. Y aunque suene a tópico, seguirán pagándolo sobre todo los más débiles.

Teniendo en cuenta que llamar «tópico» a una frase no es quitarle importancia, sino todo lo contrario, es dársela en grado superlativo, porque se ha convertido en un *tópos*, en un lugar tan corriente que es ya para nosotros un punto de referencia. Por desgracia, que los débiles acaban pagando la mayor parte de las deudas de la humanidad es ya un tópico, totalmente verdadero, que saldrá a menudo en este libro, precisamente porque si pagan los más débiles es por falta de ética. Para eso, entre otras cosas, sirve la ética, para cambiar las tornas y tratar de potenciar las actitudes que hagan posible un mundo distinto.

3. ¿RECORTAR GASTOS EMPEZANDO POR LO MÁS SENCILLO?

A finales de 2011, cuando la crisis financiera y económica que seguimos padeciendo venía siendo tan evidente desde hacía años que ya nadie se atrevía a negarla, un amigo economista me dijo para mi sorpresa que en este caso «todos sabemos lo que hay que hacer». Se me abrió el corazón, por fin me iba a enterar de lo que hay que hacer

para acabar con el desempleo, el hambre, la pobreza, el éxodo de los jóvenes, el abandono de los dependientes, los recortes en sanidad y en cooperación al desarrollo, el cambio de modelo sanitario y ese rosario de desgracias que conocemos. Por fin iba a saber por dónde se empieza a componer un Estado de Justicia, al menos en España y en Europa, para poder extenderlo universalmente. No para volver a lo que teníamos, que nos ha llevado donde estamos, sino a una sociedad justa con formas de vida inteligentes.

«¿Qué hay que hacer?», pregunté con un enorme interés. Pero la respuesta no pudo ser más decepcionante: «hay que reducir las pensiones». ¿De verdad?, ¿era eso? Como es obvio, repliqué: «¿es por ahí por donde hay que empezar?, ¿no sería mejor que devolvieran el dinero los corruptos que se lo han quedado, que pagaran los que han gestionado los recursos públicos de una forma pésima, que se acabe con los paraísos fiscales, se fije una tasa para las transacciones financieras y la economía especulativa decrezca a favor de la economía real?». En este caso la respuesta me abrió todo un mundo: «sí claro, todo eso está muy bien, pero empezar por reducir las pensiones es lo más sencillo».

Tantas facultades de economía, tantos políticos por metro cuadrado para que ésta sea la piedra filosofal, que lo más sencillo es empezar por los que están más controlados. Aunque los pensionistas no sean los responsables de las crisis, ni tampoco las gentes que viven en situación de dependencia, o los países que reciben la ayuda a la cooperación, ni esa cantidad de personas que se quedaron sin trabajo sin comerlo ni beberlo, ni los que además de eso habían asumido hipotecas imposibles ya de amortizar porque alguien les invitó a hacerlo, ni los empresarios que aun habiendo hecho sus deberes tuvieron que cerrar la empresa porque ni recibían ayuda de

los bancos ni les pagaba la Administración. No eran responsables, pero alguien tenía que pagar y les tocó la papeleta a ellos.

4. ALGO HA TENIDO QUE VER CON LA CRISIS LA FALTA DE ÉTICA

Insiste un buen número de economistas en afirmar que la ausencia de algunos valores éticos no ha tenido influencia en las crisis que venimos padeciendo y que tiene angustiados a países como el nuestro. Según ellos, las crisis se han sucedido a lo largo de la historia y habría que suponer entonces que los vicios que las causan son con sustanciales a la naturaleza humana.

A los economistas neoliberales, y no sólo a ellos, les gusta creer que de los vicios privados a veces surgen buenos resultados para la vida económica y de las virtudes privadas a veces surgen malos resultados. Por eso prefieren atenerse al viejo dicho «lo que no son cuentas son cuentos» y asegurar que la economía sigue su curso sin que le perjudiquen la codicia o la insolidaridad, que quedarían para la vida privada.

Pero resulta ser que los valores morales son efectivos en la vida pública, que importa distinguir, como hacía Ortega y Gasset, entre estar altos de moral o desmoralizados como dos actitudes que posibilitan o impiden —respectivamente— que las personas y los pueblos lleven adelante su vida con bien. Porque una persona o un pueblo desmoralizados no están en su propio quicio y vital eficacia, no están en posesión de sí mismos y por eso no viven sus vidas, sino que se las hacen otros, no crean, ni fecundan, ni son capaces de proyectar su futuro.¹

Y a la desmoralización hemos llegado no sólo por lo mal que se han hecho las cuentas, sino también porque se han disfrazado con cuentos perversos, como el de la contabilidad creativa, como el de los controladores que no sacaron a la luz los fallos en lo que supuestamente controlaban, como las mentiras públicas sobre lo que estaba pasando, como el empeño en que asumieran hipotecas quienes difícilmente podrían pagarlas, como la constante opacidad y falta de transparencia, como la ausencia de explicaciones veraces de lo que estaba ocurriendo.

Es verdad, entre otras cosas, que la financiarización de la economía nos ha sumergido en un mundo de incertidumbres desmesuradas y opacidades hasta en el lenguaje, en el que se habla de titulaciones, bancos buenos y malos, cuentas creativas, acciones preferentes, primas de riesgo, calificaciones de agencias de *rating* y de esos omnipotentes mercados, que nadie sabe quiénes son ni qué se proponen, pero al parecer nada bueno para la gente corriente y moliente. Pero no es menos cierto que en ese mundo había personas con nombres y apellidos que tomaron malas decisiones, de las que resultó daño para todos.

Y es en ese mundo, incomprensible para los ciudadanos de a pie, en el que cayó la gota que desbordó el vaso de la catástrofe, con las célebres «subprime» y la huida hacia delante que tan bien cuenta la película *Margin call*. Como bien decía recientemente el economista Jeffrey Sachs, «de poco sirve tener una sociedad con leyes, elecciones y mercados si los ricos y poderosos no se comportan con respeto, honestidad y compasión hacia el resto de la sociedad y hacia el mundo».² Y tenía razón, los personajes como John Tuld, el consejero delegado de la empresa, extraordinariamente representado por Jeremy Irons en *Margin call*, padecen una profunda ceguera compa-

siva, carecen de compasión hacia el resto de la sociedad y hacia el mundo, sólo buscan salvar su pellejo y medrar.

Un mundo sin compasión no es habitable para los seres humanos.

Es verdad que las *subprime* fueron sólo la gota, porque el vaso ya estaba lleno hasta los bordes. En el caso de España, a las malas prácticas financieras, a la falta de control de esas prácticas, a la corrupción política se unieron problemas como el de la construcción y, en el fondo de todo ello, malas costumbres, empecinadamente arraigadas.

Ciertamente, las crisis no proceden sólo de las malas prácticas, qué duda cabe, parte del mundo económico es incontrolable, pero también es verdad que otra parte está en nuestras manos, en las de los seres humanos; sobre todo, y muy especialmente, en las manos de los que ostentan un mayor poder. No es de recibo afirmar que todos somos responsables, ni que todos hemos vivido por encima de nuestras posibilidades. Eso es rotundamente falso. Lo que sí es verdad es que mucho de lo que ha pasado podría haberse evitado si personas con nombres y apellidos, entidades y organizaciones con un nombre registrado hubieran actuado siguiendo las normas éticas que les corresponden, explícitas o implícitas.

La ética sirve, entre otras cosas, para recordar que es una obligación ahorrar sufrimiento y gasto haciendo bien lo que sí está en nuestras manos, como también invertir en lo que vale la pena.

5. UNA LECCIÓN DE DETERIORO MORAL

Ya a comienzos de este siglo, cuando el escándalo Enron hizo sonar todas las alarmas, en Estados Unidos los profesores de ética de la

empresa se convirtieron en invitados habituales de las cadenas de televisión. Los entrevistadores les preguntaban qué había pasado, cómo se había podido llegar a semejante hipocresía. En una empresa tenida por modélica se descubre de la noche a la mañana que todo era puro maquillaje y que está en la bancarrota, ¿cómo es eso posible?

Por desgracia, como hemos ido aprendiendo a lo largo de la historia, de esta tela tenemos infinidad de trajes, que en ocasiones se cortan adrede y en otras no. De los trajes que no se cortan adrede quisiera contar una historia que tal vez sea expresiva del patrón al que se acaba recurriendo en estos casos, un patrón que conviene echar a la basura. Es el relato de cómo un buen banco se puede convertir en uno malo, sin proponérselo.

Fue Aristóbulo de Juan, antiguo Gobernador del Banco de España, quien contó la historia en una sesión del seminario anual de la Fundación ÉTNOR allá por octubre de 2011.³

Supongamos que estamos ante un banco sano, pero un buen día, como puede pasar a todos, se empiezan a cometer errores técnicos, sea por incompetencia, por incapacidad de adaptarse al cambio o por cualesquiera otras razones. Hasta aquí no hay ningún problema moral, le puede suceder a cualquiera sin buscarlo. Pero ocurre que el balance se desequilibra con un fuerte endeudamiento y apalancamiento, el activo se concentra en sectores que no aseguran la devolución. Ante la falta de liquidez se eleva la remuneración de los recursos, lo cual realimenta el deterioro de los resultados. La situación todavía tiene remedio. ¿Cuál?

La respuesta de Aristóbulo de Juan fue contundente: los accionistas o la Alta Dirección tienen que transparentar la situación, inyectar capital, cambiar a los malos gestores y dejar claro ante el

mercado que se están corrigiendo los fallos. Porque cuando se desvela la verdad y se intenta reparar los errores se crea confianza.

Cualquier entidad que reconoce haber cometido errores, muestra su disposición a subsanarlos y lo hace abiertamente, genera confianza.

La confianza, decíamos antes, abarata costes en dinero, en energías y en sufrimiento. Jugando a la transparencia y la confianza nos hubiéramos ahorrado mucho dolor.

Pero cuando el banquero en vez de apostar por la transparencia trata de ganar tiempo, entonces los gestores inauguran la etapa del maquillaje. Y ocurre en muchos casos que ni los auditores ni los supervisores corrigen ese maquillaje. Cuando lo bien cierto es que el gestor es responsable ante los accionistas, el auditor es responsable ante los accionistas y ante el mercado, y el supervisor es responsable de la transparencia y estabilidad del sistema financiero ante la sociedad. Con todo ello hemos ido entrando claramente en el terreno de la ética, no ya en el de los errores técnicos. A continuación vienen en ocasiones la huida hacia delante e incluso las prácticas fraudulentas, y ya no queda sino cerrar la entidad o salvarla. Las dos opciones plantean, claro está, nuevos problemas éticos, que tienen que ver con el bienestar y el bienestar de las personas.

Episodios como éste han sido frecuentes en nuestro entorno provocando una desconfianza generalizada que va a ser muy difícil de contrarrestar. Cuando justamente la confianza es el principal «recurso moral» de una sociedad, no digamos ya del mundo empresarial y del sistema bancario, incluidos los auditores y los controladores.⁴

A todo ello se sumaron un conjunto de vacíos éticos, como la falta de profesionalidad por parte de quienes actuaron por incenti-

vos perversos en los bancos, y no por los valores de su profesión, animando a los clientes a embarcarse en aventuras que difícilmente podrían costear más tarde; el fracaso de determinados modelos de vida consumista que aconsejan llevar a cabo conductas imprudentes e irresponsables a políticos, empresarios y ciudadanos.⁵

Y, por último, la maldición del cortoplacismo, la necesidad de tomar decisiones a corto plazo, que apenas deja tiempo para la reflexión, menos aún para decidir anticipando el futuro. Cuando precisamente la celeridad de los cambios exige estar «bien entrenado», tener los reflejos preparados para tomar buenas decisiones, y diseñar iniciativas de largo aliento, no limitadas al aquí y al ahora. Y no sólo en el mundo empresarial, sino muy especialmente en el político. El hecho de que los partidos en el gobierno dispongan de cuatro años para desarrollar sus programas y de que en realidad no persigan durante ese tiempo sino ganar de nuevo las elecciones, desplaza *ad calendas graecas* las reformas estructurales, tan necesarias según todos los especialistas.

6. INVERTIR EN LO QUE VALE LA PENA: SABER PRIORIZAR

Naturalmente, ante este elenco de vacíos morales se impone la pregunta «¿qué hacer?», y la respuesta, en principio, es que se pueden hacer muchas cosas. Entre ellas, ganar músculo ético para evitar estas situaciones antes de que se produzcan, o para buscar las mejores soluciones si el desastre se ha desencadenado.

Para ganar músculo ético es necesario quererlo y entrenarse, como el deportista que intenta día a día mantenerse en forma para intentar ganar limpiamente competiciones y anticiparse a los retos

que estén por venir. Con eso no se solucionarán todos los problemas, pero sí que estaríamos mucho mejor preparados para buscar en serio soluciones con altura humana y para ponerlas en marcha.

Y ya que empezamos este capítulo aludiendo al Tribunal de las Aguas como un ejemplo del poder de la confianza para abaratar costes y crear riqueza, lo acabaremos invitando a optar por la olvidada costumbre de decir la verdad en la vida pública, sea política, económica o civil, entre otras razones, porque sin veracidad no hay confianza posible.

En un pasaje de su *Teoría económica de la democracia* el politólogo Anthony Downs se refiere a la virtud de la integridad y dice que, a su juicio, la integridad consiste en la coherencia entre las declaraciones y las realizaciones. Una caracterización que se puede compartir sin duda. La integridad —sigue diciendo— es esencial para que sean eficientes las relaciones interpersonales, porque el engaño desfigura los mensajes que transmitimos, crea una niebla y ya no sabemos de qué estamos hablando. Por eso la gente valora positivamente la integridad, porque hace que las relaciones entre las personas sean más transparentes y eficientes. La comunicación —asegura— es más fácil y barata en una sociedad de hombres veraces que en una de mentirosos.⁶

Y tiene razón. Es agotador tener que estar siempre interpretando las medias palabras de los personajes públicos, presumir que es falso lo que dicen y tener que construir en terreno desconocido. Pero lo mismo sucede con la comunicación a través de las redes, que la mentira, la distorsión, la calumnia crean un daño incalculable.⁷ ¿Hay algún modo de atajar el dolor que se causa por estos medios, en los que el anonimato puede ser letal? Naturalmente pueden y deben estudiarse medios legales para evitar los atropellos, pero si no contamos

a cada lado de la red con personas convencidas de que no se debe dañar, el problema no tiene solución. Las medidas legales son necesarias, pero sin personas convencidas de que cualquier ser humano es digno de todo respeto, sin gentes conscientes de que ellas mismas tampoco se merecen la indignidad de mentir y calumniar, seguiremos teniendo un mundo muy caro en dolor y en sufrimiento.

Como opinaba El Perich, en aquel libro que llevaba por título *Autopista*: dicen que la velocidad de los vehículos en carretera depende de caballos en el motor, yo creo que es cuestión de burros al volante. Cuanto más poderosos son los medios para establecer lazos de comunicación, cuantos más caballos hay en el motor, personas más cabales tienen que ser las que manejan el volante.

¿Y qué hacer con el dinero ahorrado? La respuesta es bien sencilla: invertir en lo que realmente vale la pena. En prevenir y curar enfermedades, anticiparse en lo posible a las catástrofes naturales para evitar muertes y sufrimiento, empoderar a las personas para que puedan llevar adelante aquellos planes de vida que consideren valiosos, crear puestos de trabajo, universalizar la educación y la sanidad, y tantas cosas que ayudan a humanizar la vida. Habrá que priorizar sin duda, empezando por los más vulnerables. Y no deja de ser escandaloso que no sea a ese mundo al que va la riqueza despilfarrada por falta de ética.

* * *

¿Para qué sirve la ética? Para abaratar costes en dinero y sufrimiento en todo aquello que depende de nosotros, e invertirlo en lo que vale la pena, sabiendo priorizar.

Notas

1. José Ortega y Gasset, «Por qué he escrito *El hombre a la defensiva*», *Obras Completas*, Revista de Occidente, IV, p. 72.
2. Jeffrey D. Sachs, *El precio de la civilización*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2012, p. 9.
3. Aristóbulo de Juan, «La ética de la reestructuración del sistema financiero», XXI Seminario ÉTNOR, sesión del 26 de octubre de 2011.
4. Francis Fukuyama, *La confianza*, Ediciones B, Barcelona, 1998; Adela Cortina (ed.), *Construir confianza*, Trotta, Madrid, 2003; Domingo García-Marzá, *Ética empresarial. Del diálogo a la confianza*, Trotta, Madrid, 2004.
5. Adela Cortina, *Por una ética del consumo*, Taurus, Madrid, 2002.
6. Anthony Downs, *Teoría económica de la democracia*, Aguilar, Madrid, 1971, p. 116.
7. Mario Vargas Llosa, «La identidad perdida», *El País*, 21-X-2012, p. 35.